

UN ENSAYO DE SINTESIS ACERCA DEL
DESARROLLO DINAMICO DE LA PERSONALIDAD

Dr. MIGUEL BERTRAN QUERA, S.I.

Departamento de Psicología
Universidad de Barcelona

En estas líneas sólo queremos exponer un primer planteamiento, sin plena estructuración todavía, acerca de las reflexiones que nos han ocupado últimamente.

Permítasenos de entrada enumerar los puntos alrededor de los cuales vamos a exponer nuestro pensamiento:

1. Marco de referencia.
2. El dinamismo constructor de la tensión humana.
3. El desarrollo psíquico de la personalidad.
4. Formas de vida de los contenidos psicológicos.
5. Interrelación entre los tres niveles de vida psíquica:
 - necesidades humanas a nivel orgánico-biológico.
 - necesidades humanas a nivel psicológico.
 - necesidades humanas a nivel espiritual superior.
6. Resumen y conclusiones.

1. *Marco de referencia*

La vida del hombre manifiesta indiscutiblemente una serie de necesidades y tendencias básicas: afecto, seguridad, reconocimiento de la propia personalidad, sentido de la vida, libre actividad, sexualidad, etc., etc. Constituyen, según muchos, las necesidades fundamentales, sin negar también otras.

La integración de estas fuerzas, para autores como Freud y Adler, se explica de un modo casi absoluto por medio de alguna tendencia fundamental capaz de unificar a las demás. Ciertamente el hecho de que a veces una sola tendencia que se vea frustrada pueda desequilibrar a todo el sistema psíquico, nos pone de manifiesto su especialísima importancia. Pero justo es averiguar si aún en este caso han entrado también en juego factores no precisamente constitucionales o internos, sino debidos al influjo del medio ambiente y aun de la cultura. En efecto, el ambiente social puede facilitar la frustración de alguna tendencia y crear una zona vulnerable en ciertos sujetos. Y esto ocurre tal vez hoy, con respecto a la tendencia sexual, o a la tendencia al éxito, a la felicidad, al poder, etc., etc.

Estamos en una época de transición cultural e histórica, en la que luchan el deseo de libertad y de goce por un lado, con el peso de la tradición expresada en principios y en costumbres. Todo lo cual crea inevitables tensiones e inquietudes entre los principios teóricos y las actuaciones prác-

ticas. Las repercusiones de esta problemática en el campo pedagógico son evidentes.

Igualmente es un hecho de todos conocido que hoy se ha extremado en el mundo la tendencia competitiva, la ambición y la lucha por la adquisición de bienes; todo lo cual deja sentir su peso no ya en la vida de la calle y en los ambientes profesionales, sino en el seno de la familia y de la escuela. Incluso la mujer de hoy siente la fuerte necesidad y tendencia de igualarse al hombre en toda suerte de actividades sociales, para no sentirse inferior a él. Y porque esta lucha y esfuerzo es de hecho algo muy duro y frecuentemente rodeado de frustraciones y fracasos, trae consigo el aumento de tensiones entre lo que se desea como ideal y lo que se consigue como realidad.

Las teorías que abogan por la preferencia de una tendencia absoluta sobre las demás para explicar la integración y unificación del psiquismo humano, van pasando poco a poco a la historia, cuando se trata del psiquismo normal. Ya había notado el mismo Jung que algún caso podía ser igualmente interpretado y quizás curado, lo mismo a partir de una interpretación freudiana que adleriana. Recientemente se han venido proponiendo otras posibles fuerzas de unificación psíquica, tales como la necesidad de buscar un sentido en la vida, o la búsqueda y encuentro de un puente trascendente a toda categoría humana.

Incluso en la doctrina de Freud, el principio unificador o integrador trabajaba dentro de un difícil conjunto de situaciones y fuerzas subordinadas. Para él el conflicto entre las fuerzas psíquicas en pugna, ponía en juego el mecanismo de la «represión», y era este mecanismo el que por vericuetos misteriosos lograba restaurar el equilibrio, mediante formas disfrazadas, evadidas de su mundo propio. Uno diría que esta teoría llega a interpretar lo normal como desviación de lo anormal; para poner un ejemplo: la religiosidad como neurosis obsesiva de evasión o falsa sublimación.

Para nosotros, lejos de estas interpretaciones psicoanalíticas clásicas o más recientes, en lugar de mecanismos patológicos de represión, debe colocarse, como característica fundamental del hombre, la tensión psicológica —a la vez dolor y esperanza— en todas sus dimensiones: corporales, espirituales y ambientales, radicadas en las necesidades humanas más perentorias y dirigidas a hitos cada vez superiores en la escala de los valores y cada vez más trascendentes en el tiempo y en el espacio.

A lo largo de este ensayo, tendremos ocasión de volver repetidamente a confrontar nuestra posición con la del psicoanálisis.

2. *El dinamismo constructor de la tensión humana*

Sostenemos que el dinamismo psíquico del hombre lejos de quedar reducido a algún vector prevalente, está constituido de múltiples tensiones y conflictos que buscan y encuentran penosamente su unidad integradora en aras de una realización total de sí mismo. La forma específicamente humana de esta autorrealización es el dinamismo de progreso o crecimiento.

No ocurre así en los animales. En el animal no hay tensiones o conflictos psíquicos, si no es de un modo muy analógico y dentro de unos límites muy rígidos y definidos de índole sensorial. El animal sigue el impulso de la necesidad más fuerte y su conducta se reduce al esquema del desarrollo biológico de su especie.

El hombre, sin embargo, desborda la especie. Siente el impulso a superarse a sí mismo. El animal obedece ciega y casi fatalmente a su biología. El hombre, por la intervención consciente y el esfuerzo personal, rebasa el proceso biológico. Lo que hace de sí mismo es una prestación y entrega personal a los objetivos más nobles. Y esto no solamente a escala individual, sino también social.

Se podría establecer un análisis comparativo entre el grado de progreso y de civilización humana y el grado de estancamiento animal. El progreso de que hablamos puede estar orientado, según sean las diferentes civilizaciones, en una línea más de carácter material, o social, o de perfeccionamiento espiritual; o de varias de estas facetas a la vez.

Indiscutiblemente la raíz interna generatriz de este progreso es la actuación de potencialidades siempre nuevas, ligadas a la función cognoscitiva. Se trata, por tanto, de algo intrínseco al hombre. Quizás relacionado con lo que Adler había llamado «proyecto de vida», o con lo que él apellidaba «imagen directriz». El niño, según él, adquiere muy pronto esta imagen, primero vagamente, inconscientemente, como efecto de una dinámica natural e intrínseca a la naturaleza, perfeccionable con el ambiente, que cada vez se hace más nítida y clara a la propia conciencia.

El fenómeno del progreso y desarrollo humano no puede explicarse por pura biología animal. Es mucho más que un mero impulso vital. Es la apertura del hombre que le hace trascender el dato, la realidad; que tiene presente una forma ideal y se reconoce en ella; que toma posición respecto de las tendencias que están actuando en él. Entran en juego líneas de desarrollo diferentes, a veces opuestas: potencialidades de tipo superior y del nivel inferior, de tipo moral, intelectual, temperamental, social, etc. En cualquier caso está presente en este dinamismo un estado activo de tensión o conflicto.

La tendencia sexual es una de las fuerzas tensionales o conflictivas más poderosas, y el abandono a ella desvía de una integración constructiva auténticamente humana, ya que por ser perenne su llamada —y no periódica como en los animales— puede acaparar a todo el psiquismo o a una gran parte de su actividad. De ello tenemos ejemplos en sociedades primitivas, en las que esta tendencia de tal manera domina todo otro quehacer social, que impide cualquier ideal de realización personal o colectiva.

También en la vida social y profesional vemos actuar estas fuerzas de tensión. Es un hecho que el hombre opone una resistencia innata a lo que imposibilita o dificulta cualquier forma de realizar lo que cree ser en él una legítima aspiración, derecho o necesidad.

En resumen, el conflicto o tensión es esencial y fundamental para el desarrollo y progreso del hombre normal y de la sociedad en que vive.

Desde el campo clínico de la psicoterapia se conoce que esta tensión o conflicto puede convertirse en algo destructivo de la persona humana. Junto al yo realista proyectado hacia el propio bienestar y desarrollo, puede nacer un proyecto idealizado e irrealizable como mera evasión de la realidad, que origine graves trastornos psíquicos. Pero ello mismo sólo demostraría el arraigo del fenómeno de lo conflictivo como esencial en el hombre, pero no su necesaria condición negativa. Para nosotros el carácter destructivo que puede tener la tensión o conflicto humano, debe siempre entenderse desde su naturaleza y finalidad constructiva.

En nuestra interpretación, tensión o conflicto por un lado y represión por otro, adquieren un significado bien distinto del que le daba Freud. La represión no sería una superestructura de origen preferentemente social que comprime las fuerzas autóctonas del individuo, sino que emanaría de un fondo innato, intrínseco a cada persona, proyectado hacia una meta positiva y constructiva de la propia personalidad.

Por el contrario, la interpretación de Freud señala la fuerza de la libido como explicativa de este fenómeno. Para él el progreso y desarrollo vendrían motivados por una tensión hacia el placer primario infantil, que se encontraría con unas resistencias y mecanismos de represión sobreañadidos.

En otras palabras, nuestra posición supone potencialidades y receptividades específicamente humanas, que explican el desarrollo dinámico de la personalidad por medio de potencias activas que tienden a su propia actualización y autodespliegue. Si la última explicación del desarrollo humano fuese meramente biológica, no se ve por qué no podría darse el fenómeno de represión y progreso superior en los animales.

Según nuestra línea, cae también otro concepto freudiano, por lo menos en el sentido que lo entiende su autor: el concepto de «censura». En lugar de ser algo extrínseco y extraño al dinamismo interno de la personalidad humana, tendría que hablarse más propiamente, según nuestra interpretación, de «ideal personal». Freud ponía este centinela represivo de la censura como algo exterior y siempre alerta. Pero no se justifica que esté ligado más al instinto de placer que a lo que él llama instancia represora.

Es el caso, para poner un ejemplo, de la identificación del niño con su padre. En este proceso la identificación entra como adquisición de los valores nuevos y superiores a través del influjo paterno, como efecto del impulso fundamental hacia el autodesarrollo que venimos defendiendo, sin tener nada que ver el mecanismo de represión, ni el de la censura.

La dificultad del psicoanálisis se halla en la incorporación de lo «nuevo». Creemos que el niño que se identifica con su padre, lo mismo que la persona que realiza o concibe valores nuevos e ideas nuevas al contacto con la realidad, siguen, por caminos distintos, la misma tendencia progresiva. Nos parece muy limitada psicológicamente la «fijación» del ideal infantil gracias y a causa del influjo paterno, aunque admitimos indiscutiblemente

que cualquier vivencia del niño brota de un fondo afectivo personal y ambiental a la vez, por un juego de fuerzas combinadas, siempre diferentes según los casos.

Repitamos que el «yo ideal» —o la «censura» en la interpretación freudiana equivalente—, no es algo puramente externo. Ni es algo fijo, sino que por el contrario va incorporando novedades que le enriquecen. De ninguna manera limitamos el desarrollo psíquico de la persona humana a los seis primeros años de su vida.

Los valores humanos vienen del exterior, pero no se oponen a los impulsos del individuo como una fuerza exógena, sino que son en parte respuesta a exigencias y potencialidades que se van desarrollando distintamente en cada psiquismo particular. Si no existiera esta raíz endógena, terminarían por ser eliminadas de la persona humana todas las realidades recibidas como ideales exteriores, lo mismo que quedan eliminados por sí mismos con el tiempo otros influjos de la infancia que tenían caracteres exclusivamente transitorios y pasajeros. Lo cual no quita que ciertos restos de experiencias infantiles recibidas casualmente, hayan podido penetrar hasta lo más hondo del psiquismo humano, por la vía afectiva, de modo inconsciente, y haber influido más adelante en decisiones personales.

3. *El desarrollo psíquico de la personalidad*

El proceso de desarrollo del hombre se realiza por continua elección de satisfacciones de unas u otras necesidades, ya sean de orden superior o inferior.

El hombre, sin embargo, tiene que renunciar en determinadas circunstancias, para bien del equilibrio global, tanto a unas como a otras. Y por el consentimiento repetido en la satisfacción que encuentra en las necesidades de uno u otro orden, se va inclinando cada vez más en su conducta hacia una u otra dirección para abandonar las demás.

Podríamos decir que todo el desarrollo psíquico está más o menos regulado por la ley del efecto satisfactorio. Unas formas de comportamiento serán integradas en el psiquismo, y otras formas serán rechazadas, según satisfagan plenamente o no a la necesidad hacia las que están referidas. Estas formas de conducta llegan a convertirse en cauce normal, o se crean nuevas formas de conducta que puedan lograr la satisfacción necesaria.

Por otra parte, ciertas formas de actuación, que pueden haber sido satisfactorias antes, si dejan de conducir ahora a un resultado adecuado, van siendo sustituidas por otras formas nuevas. Lo mismo acontece cuando se da una evolución cualquiera en las necesidades del hombre.

Se pueden poner ejemplos a todos los niveles. Existen palomas en observación que recogen papel —no se les ha puesto otra cosa— para hacer el nido, y que lo abandonan totalmente cuando se les ponen ramas para hacerlo. Existe el niño que ya no quiere el chupete porque ha adquirido un nuevo valor mayor que el representado por este objeto, v. gr.: el de ha-

cerse valer como persona mayor, para lo cual el chupete le rebajaría. O el caso del autoerotismo de los adolescentes, que desaparece ante formas de satisfacción nuevas y mejores.

Por consiguiente, el desarraigo de cualquier forma de conducta «mala», ha de procurarse por medio del fomento de un objeto atrayente, aunque sea en la línea de oposición a un impulso antiguamente consentido. Así podemos llegar a tener una frustración positiva y no negativa.

El desarrollo psíquico puede, por tanto, llevar consigo la eliminación de formas de conducta que buscaban la satisfacción de necesidades humanas. Lo cual no es, precisamente, una represión, sino una eliminación constructiva, posible gracias a una sustitución de satisfacciones.

Existen, como ya hemos insinuado, tres posibilidades en la motivación del cambio: conflicto con una tendencia nueva (v. gr. el caso típico y clásico del chupete); nuevos estadios de desarrollo (v. gr.: auto y heteroerotismo del adolescente); y desarrollo integral de la persona que rechaza su conducta anterior por ser insatisfactoria a su yo global (v. gr.: por la repugnancia experimentada después del orgasmo, se acelera la supresión progresiva del acto por no satisfacer a la personalidad total).

Todos están de acuerdo en reconocer que cuanto mayor es el placer que proporciona una forma de conducta, tanto es más durable la costumbre que se sigue a ella; y cuanto más fuerte el displacer de esta conducta, más rápidamente queda atrofiada la misma.

4. *Formas de vida de los contenidos psíquicos*

Frente al inconsciente, donde, según las teorías psicoanalíticas, los contenidos psíquicos no aceptados quedarían reprimidos, creemos que existe una intimidad psíquica en la que los elementos que no se ajustan a la situación social o constructiva de la persona, se hallan relegados.

Existe en cada persona un «yo íntimo» y un «yo social», que necesitan llegar a una unidad integradora. En efecto, el niño va aprendiendo dónde debe encuadrar sus distintas formas de conducta y, paso a paso, va desarrollando su yo interior con dificultad.

Esta integración hacia la unidad discurre por tres fases: primera, autoaceptación; segunda, hacer suyas las formas y posibilidades del ambiente; tercera, reducción de las segundas a las primeras.

Así se forma, a un ritmo diferente en cada caso según la propia constitución y las circunstancias favorables o desfavorables, un «yo social» en el que lo íntimo no es un yo frustrado, ni lo social un burdo disfraz.

El desarrollo psíquico se ha de entender como una ardua tarea para mantener el equilibrio entre la forma íntima de la personalidad y la nueva forma forjada y configurada en la dimensión de la vida social y pública.

De este modo y por este juego combinado, las necesidades corporales, espirituales y ambientales se van canalizando, y otras formas íntimas no adaptadas a este desarrollo, quedan poco a poco relegadas. Es posible que

al principio las necesidades antiguas, ahora no satisfechas, amenacen con interferir peligrosamente en cada instante con exigencias y amenazas; pero lo corriente es que poco a poco vayan haciéndose cada vez más borrosas y extrañas. Quede claro que estas necesidades relegadas, lo mismo pueden ser potencialidades de orden superior, que impulsos instintivos de nivel inferior. En cada persona, por circunstancias cambiantes, y entre persona y persona comparativamente, pueden darse diferencias muy acusadas.

En el fondo de lo que podríamos llamar conciencia íntima, pueden existir contenidos psíquicos que no estén perfectamente incorporados o asimilados a una forma de ser determinada, y que no sean reconocidos o aceptados del todo por uno mismo. Estas formas o contenidos psíquicos, de ningún modo pueden calificarse de inconscientes (v. gr.: según algún relato, figura la expresión «siempre lo he sabido, pero no he querido saberlo del todo»). Entran perfectamente en la normalidad, y no deben confundirse con formas de duplicidad psíquica. Simplemente son formas de vida más o menos presentes a la propia conciencia.

Es importante para nosotros considerar que estos contenidos psíquicos pueden, a lo largo del desarrollo humano y mediante la labor educativa, llegar a disolverse o, en otros casos, a atrofiarse por el mismo dinamismo canalizado de la personalidad.

No se trataría de poner en la conciencia un contenido psíquico que se hubiese reprimido, sino más bien de intentar iluminar y penetrar con la máxima sinceridad en lo más íntimo de nuestro interior personal, hasta llegar al fondo de nuestro propio ser, a la vez individual y social.

Creemos que esta posible realidad del consciente íntimo, ocuparía un lugar intermedio entre el consciente y el inconsciente. Quedaría expresado en fórmulas como éstas: v. gr.: no que «no sepa»; sino que «no se da cuenta», «no piensa», o «no quiere pensar».

En nuestra opinión, este consciente íntimo no puede equipararse al preconsciente de algunos autores, pues nada se opone a que pueda entrar en el campo de la conciencia. En cambio, el consciente íntimo muchas veces no es aceptado por el individuo en la estructura del yo social de su personalidad. Este consciente íntimo estaría posiblemente algo más cercano al inconsciente defendido por la mayor parte de los autores; pero en nuestra opinión puede defenderse como distinto de él y como una estructura nueva.

Cuanto acabamos de exponer en estas últimas páginas, concierne al desarrollo normal de la personalidad y a las formas normales de vida de los contenidos psíquicos. Pero puede distar mucho de la realidad en casos de desarrollo anormal.

No queremos decir que los procesos normales y anormales se excluyan mutuamente, antes al contrario pueden coexistir con distinta intensidad. Estos serían tal vez los llamados casos de duplicidad psíquica, que no deben confundirse simplísticamente con formas de doblez o hipocresía. Más aún, formas normales y anormales pueden interferirse mutuamente, de

manera que hagan difícil o imposible en algunos casos tener una personalidad psicológicamente pura en uno u otro extremo.

Otros motivos de desarrollo anormal de la personalidad, con sus correspondientes contenidos psíquicos camuflados, pueden ser la falta de concordancia entre el ideal forjado por uno mismo y la realidad total de la naturaleza humana tal como es. Y esto, ya porque desconozca o pretenda desconocer el elemento espiritual de lo humano, como porque desconozca o pretenda desconocer —y a veces reechar— el plano orgánico instintivo de la naturaleza humana. Siempre es de capital importancia el realismo en el momento de forjar un ideal constructor de nuestra personalidad.

Podríamos terminar este capítulo reafirmando, a modo de conclusión, que nunca debe anteponerse la perspectiva de lo patológico a lo normal, como sería absurdo fundar una fisiología a partir del desarrollo canceroso. Las formas patológicas son parte integrante de la estructura del conjunto de la personalidad. Son elementos dispares del organismo humano por su falta de integración al bien del conjunto. La consecuencia peor de dar preponderancia a lo patológico, es que contribuye a aplicar a la persona normal, actitudes tomadas del tratamiento del hombre enfermo.

Por un lado, puede ser perjudicial para la persona enferma, digamos anormal, por su débil constitución, el tratamiento y el entrenamiento pedagógico que supone y ve en todo conflicto y tensión humana, un medio eficaz y necesario para el desarrollo normal de la personalidad. Pero por otro lado, podría igualmente perjudicar y aun dar un resultado opuesto en la educación y dirección del hombre normal, el aplicar ideas y métodos clínicos.

5. *Interrelación en los tres niveles de vida psíquica*

Nos convendrá aquí exponer sumariamente algunos hechos sobre la existencia y mutua dependencia entre los niveles de la vida psíquica, para mejor comprender el juego de las necesidades fundamentales del hombre, las cuales originan su dinamismo.

En primer lugar, es un hecho que en el aspecto cognoscitivo, hallamos actividades y contenidos de conocimiento de muy distinta naturaleza. Hay elementos más o menos ligados al dato sensible, mientras otros rebasan las determinaciones concretas e implican actividades superiores. En estos últimos casos, aunque encontramos vestigios de lo sensible, sólo ello no puede permitirnos reducirlo todo simplísticamente a este único nivel. Examinando bien cómo se han elaborado las actividades y contenidos superiores a partir de los inferiores, se descubren potencialidades o funciones nuevas.

Por otro lado, también advertimos una clara unidad entre las tendencias y necesidades de una parte, y los contenidos de conciencia de tipo cognoscitivo de otra parte. En efecto, las funciones conativas y cognoscitivas nos aparecen como dos aspectos o caras de una actividad de comportamiento que es funcionalmente única.

Los hechos actúan, pues, como comprobaciones; y los hechos constatan que los elementos de las diversas actividades psíquicas —enlazadas con las necesidades humanas— se encuentran estrechamente implicados. Hemos de decir, por consiguiente, que las teorías acerca de la reductibilidad de las necesidades humanas entre sí, no derivan directamente de los mismos hechos; y debe quedar como una hipótesis interpretativa todavía por verificar.

Puesto este preámbulo, notamos que ciertas actividades psíquicas van ligadas a estados fisiológicos, como, v. gr.: la sed, que puede tomarse como el aspecto psíquico de un estado típicamente orgánico.

Asimismo otras actividades psíquicas van ligadas al mundo circunstante de cosas o personas; mundo que nosotros comprendemos y elaboramos dándole una significación. Porque es un hecho que aun nuestras situaciones más íntimas, las vivimos en función de la ausencia o presencia de los demás en nosotros. Y es igualmente una realidad el que el medio no se asimila únicamente a nivel biológico y fisiológico, sino que es elaborado como una situación significativa.

Finalmente, cabe tener en cuenta que otras actividades psíquicas trascienden el plano de lo dado. Son los contenidos que nos hablan de los problemas sobre el destino y la existencia, sobre la afirmación absoluta de ser o valer, sobre la obligación moral y responsable, etc.

Evidentemente estos diferentes niveles se encuentran inextricablemente mezclados en el acto humano concreto. Por ejemplo, se puede dar a la vez, una sensación de dolor, con interpretación del significado de esta situación, mezclada con la experiencia de un yo que es consciente de sí mismo y del puesto que ocupa en el mundo, un mundo que capta como trascendente al dato que le afecta en aquel momento.

Algunos han intentado explicar las necesidades humanas desde el ángulo intraorgánico. Así, para Freud, el hombre es un todo cerrado que entra en relación con un medio. Sin embargo, la realidad pone de manifiesto que lo más intrínseco del hombre es «ser-en-el mundo». Y su acción no puede concebirse sino referida a los demás y a lo demás. Porque el hombre es esencialmente abierto a la realidad del mundo, el cual está implicado en su estructura total. Son como dos polos en unidad funcional.

Consiguientemente, no cabe considerar por separado y destruir las unidades que forman el organismo con su medio ambiente, es decir, el yo con el mundo. El punto de partida de cualquier interpretación no puede, a nuestro modo de ver, situarse en el interior del organismo únicamente, sino en esta realidad de la unión entre los dos polos antes mencionados. Y así, todas las necesidades humanas fundamentales aparecen relacionadas entre sí de modo unitario; y por esto la unidad del conjunto se perturba fuertemente, y aun llega a destruirse, cuando se dificulta notablemente o se imposibilita la interrelación entre dichas necesidades.

Está, por tanto, perfectamente justificada una teoría relacional de estas necesidades fundamentales del hombre. Bien entendido, que si consideramos la necesidad desde el punto de vista fisiológico, tendremos que hablar de

relaciones o interacciones con el medio de tipo bioquímico; y si se consideran desde el punto de vista psicológico, hablaremos de relaciones de conducta o comportamiento.

Cuando la necesidad humana se presenta bajo una forma ya elaborada cognoscitivamente por la mente, el esquema de relaciones o interacciones que se puede establecer, vendrá necesariamente modificado y reestructurado, diversamente en cada caso, por la fuerza cognoscitiva de cada sujeto particular. Y puede suceder que, en virtud de estas reestructuraciones mentales sobreañadidas a la necesidad humana inicial, se abra un abismo, o por lo menos se establezca una distancia entre las fuerzas innatas y las formas modificadas y adquiridas. Así puede nacer una estructura total —conativa y cognoscitiva— en difícil tensión, que provoca una conducta especial de emergencia; la cual busca el reajuste total o parcial por la vía activa para concordar la realidad al esquema prefigurado por la mente.

Estas relaciones o interacciones pueden ser más o menos conscientes, y aun del todo inconscientes. Todo depende de la naturaleza de cada organismo, del estadio particular de su desarrollo y aun de las características específicas de cada necesidad humana en cuestión.

Puede enunciarse que cuanto mayor es la distancia entre las necesidades iniciales y las que de hecho han venido a entrar en juego después de la elaboración cognoscitiva, mayor es la tensión y conflicto que se desencadena, y consiguientemente mayor es la dificultad de reajuste.

Según todo esto, y a partir de los enunciados anteriores, se deben formular los problemas concretos de las necesidades humanas fundamentales; y también se deberían buscar los caminos aptos de solución o tipos indispensables de interacción entre el yo y su mundo, entre el organismo y su medio.

5.1. *Necesidades humanas a nivel orgánico biológico.*

Ante todo, tengamos en cuenta que el hombre vive como individualidad biológica fuertemente arraigada. Existe un medio interno que permanece constante en sus características bioquímicas, frente a un medio externo a veces muy diferente y frecuentemente muy variable. Y ello a pesar de la constante interacción entre ambos medios que tiende a nivelarlos por un mecanismo moderador: la homeostasis.

No se trata únicamente de una necesidad para la conservación o mantenimiento de la vida orgánica, aunque ésta pueda parecer su finalidad principal. Existe, en efecto, la necesidad de que el organismo se adapte al medio ambiente, y cuando el medio varía notablemente, se desencadena una serie de reacciones y procesos reguladores que pretenden restablecer el equilibrio, y si no lo consiguen, el organismo muere. Los procesos de homeostasis son mecanismos dinámicos primarios puestos en juego por el viviente a nivel biológico.

Pero, como dijimos, hay otras finalidades en juego, y se generan reacciones más complejas, encaminadas a metas más amplias. Entramos en una zona de conducta o comportamientos globales. Por ejemplo, un cambio de temperatura en el ambiente provoca el sudor, pero también hace que el individuo se levante y discurra, y aún llegue a crear una técnica que le proteja y solucione aquella necesidad.

Lo que queremos decir es que este conflicto o tensión consiguiente a la mencionada necesidad, no puede circunscribirse únicamente dentro de la zona bioquímica sino que debe tenerse en cuenta como una sensación humana, que a la vez importa una situación vivida por toda la persona, capaz de reacciones significativas a nivel de comportamiento psíquico superior. En esquema, todo el proceso va de la sensación hasta la intelección última, pasando por los estadios intermedios de la percepción, la imaginación y la memoria, entre otros.

Obviamente, dada la unidad global del psiquismo humano, cualquier tensión o ruptura del equilibrio orgánico biológico se experimenta y se siente como un malestar, es decir, en la forma negativa de la no satisfacción. Y correlativamente, cualquier reajuste y funcionamiento normal, produce un efecto de bienestar sensitivo, que tiende a globalizarse.

Es más, entre ambos tipos de relaciones —la de conservación y la de comportamiento en despliegue y progreso— se establecen estrechos y continuos contactos de ayuda mutua, y aun, de parte de los dos, con la esfera biológica circundante. No perdamos de vista que la vida biológica es esencialmente también apertura al medio, y que la actividad vital es orientación dinámica hacia todo género de cambios y contactos bioquímicos. Cualquier carencia de estos contactos produce, inevitablemente, reacciones de comportamiento anómalo. Es precisamente «en» el contacto biológico y «por» el mismo, la manera cómo el ser se conserva y desarrolla.

Consideración especial merece la necesidad sexual, por tener una dimensión a la vez íntimamente personal y social; y porque podría considerarse como una de las actividades más elevadas de este nivel biológico, aunque traspasando sus fronteras.

La necesidad-tendencia sexual no parece tan absolutamente imperiosa en el nivel orgánico fisiológico como pueden serlo otras necesidades vitales, v. gr.: hambre y sed; pero sí lo es mucho más si atendemos a su dimensión psicológica y por el hecho de que los procesos fisiológicos que despierta tienen mayor repercusión emocional que los de las otras necesidades o tendencias. Además, debido a que su satisfacción produce sensaciones de máxima expansión y plenitud psíquica, se asocia inmediatamente con la realización personal. Y precisamente por este elemento tan esencial, puede ser causa de posible frustración.

Por otro lado, la necesidad-tendencia sexual está íntimamente relacionada con la necesidad psicológica del amor y con la metafísica de la continuidad vital. Está, por consiguiente, estimulada por la aspiración a superarse en una experiencia de plenitud de vida, y por una necesidad de

comunidad con el otro en el misterio de la intimidad personal, corporal y espiritual a la vez. Es, en cierto modo, y en su nivel, como la síntesis de las necesidades de realización y de contacto humano.

Esta necesidad-tendencia sexual debe interpretarse y enfocarse en su totalidad, en todas sus dimensiones, para comprender mejor su importancia e influjo en el hombre y, especialmente, en orden a programar una pedagogía o educación apta del instinto sexual humano.

Para resumir cuanto se ha dicho acerca de las necesidades humanas en el nivel biológico, valgan las líneas siguientes:

El organismo mantiene activamente su individualidad frente al medio, pero de ningún modo es un núcleo cerrado y centrado en sí mismo. Su vida es un llamamiento a otro, y la intensidad de ella se mide por la actividad de sus contactos y el valor de sus intercambios. El organismo, si se separa de estos cambios y relaciones mutuas, sentirá la angustia de la asfixia y los efectos de una paulatina parálisis. Es en el ejercicio de estas interrelaciones donde encuentra su satisfacción o placer, que viene ligado a la vez al buen funcionamiento del organismo, y prepara para progresivas satisfacciones y posibilidades de desarrollo. La actividad viene fomentada desde el placer sentido o alcanzado al ser satisfecha una necesidad; o en otros casos, por el desagrado y tensión creada por la frustración de esta necesidad.

Queda por último decir que las necesidades humanas a nivel biológico obran en el hombre de un modo específico y peculiar, de un modo exclusivamente humano, así en las formas de conducta como en las potencialidades que despiertan y en las reacciones afectivas y dinámicas que les acompañan.

5.2. *Necesidades humanas a nivel psicológico*

La vida del hombre discurre en un medio social del cual se da cuenta. Su personalidad se alimenta y construye en y por el contacto con los demás, a la vez que se esfuerza por mantenerse individuo dentro del ambiente. El hombre no quiere desaparecer socialmente diluido dentro de la masa —como se diluiría un animal marino en el agua si le funcionasen mal sus mecanismos de homeostasis—; el hombre quiere ser alguien, hacerse valer, y para lograrlo pone en marcha todos sus recursos.

Todos estos aspectos mencionados nos hablan de necesidades del hombre a nivel psicológico, y quizá constituyen una de las zonas más necesarias para el desarrollo y la felicidad humana.

En este nivel psicológico observamos que las tensiones son menos agudas cuando la persona ha conseguido ya su «puesto» o cuando la lucha o superación natural que pide todo desarrollo, cuenta con la base de la confianza en sí mismo. Por el contrario, el miedo al fracaso, o la duda en mantener su puesto y éxito en la vida, debido a la pérdida de confianza en sí mismo, puede llegar a romper el equilibrio normal.

Las necesidades psicológicas básicas se manifiestan en la línea de desear una actuación independiente y libre, unas posibilidades de autodetermina-

ción. Igualmente como tendencia a permanecer fiel a sí mismo y mantener una consistencia interna satisfactoria a nuestros ojos. Este fenómeno se explica por la ley de la continuidad del yo, que busca conservar y mejorar, en lo posible, la imagen que uno se ha hecho de sí mismo. La necesidad psicológica se proyecta a campos muy variados y extensos, ya que la persona desde su infancia busca identificarse con personas, y aun objetos, que de alguna manera pretende incorporar a sus proyectos y planes de vida, y que constituyen, por así decir, el conjunto de su «yo social».

Una de las necesidades psicológicas, indudablemente más fuerte y esencial, es la necesidad de otro, expresada como necesidad interior de contacto humano, de comunicación dialogal, de apoyo, protección, simpatía. Aunque vaya penetrada con frecuencia de elementos eróticos, no puede de ninguna manera reducirse —como parece pretendió Freud— a la mera dimensión sexual. La necesidad de otro con su gran variedad de manifestaciones, trasciende con mucho el terreno de lo estrictamente sexual, e incluso de lo erótico.

De modo semejante a lo que dijimos acerca de la necesidad de ser alguien y de valer, también aquí, hablando de la tendencia hacia otro, sucede que el sujeto ya instalado socialmente en un puesto satisfactorio, no la experimenta tan agudamente.

Esta tendencia hacia el otro viene a ser el armazón que sostiene y afirma todo el conjunto, generalmente inestable, del psiquismo individual, cuando éste se encuentra aislado. En efecto, nada hay tan perturbador, humanamente hablando, como la experiencia viva del aislamiento. Este actúa en el organismo dando la sensación que causa la falta de aire para el que sufre de asfixia. Le siguen sentimientos colaterales de inquietud, inseguridad, angustia, manifestaciones patológicas de muy variadas formas: melancolía endógena, histeria, etc.

Nótese bien que no se trata de aislamiento material. Puede ocurrir el fenómeno que nos ocupa en forma también cruzada. Es decir, hay quienes viven físicamente lejos de los otros, y sin embargo se encuentran en estrecho contacto psíquico con ellos; mientras se da aislamiento físico real aun en medio, v. gr.: de parientes próximos con quienes se convive a diario.

Una palabra todavía acerca del sentimiento general de angustia psíquica que hemos mencionado, por la importancia creciente que hoy día reviste en formas múltiples de neurosis. Recordemos que para Freud la angustia aparecía como una energía sexual disfrazada, incapaz de descargarse a través de conductas apropiadas, que intentaba escaparse por conductos derivados y vías subcorticales. En su opinión, expresada más tardíamente, la angustia significaba una reacción manifestativa de la presencia de un peligro, especialmente interno y de naturaleza inconsciente. Para Freud tal reacción sería consecuencia de la fuerza libidinosa, o de la severidad del super-yo, al sentir la amenaza de entrar en conflicto con el medio social y perder, en muchos casos, el amor de los padres y más concretamente de la madre.

El hecho real de esta angustia explica, a nuestro modo de ver, el negativo de la necesidad humana de integración y participación psicosocial. Esta tendencia psicológica no podía, de ninguna manera, satisfacerse mediante el impulso sexual freudiano.

La necesidad de otro, de contacto personal, adquiere en la vida formas diversas, algunas activas y otras pasivas, según el propio temperamento diferenciador. De ahí los sentimientos de atracción o aversión afectiva, benevolencia o enemistad, generosidad, entrega, donación de sí, o sus contrarios.

Nunca insistiremos bastante en el hecho de la inseparabilidad de todas estas tendencias humanas y de modo concreto ahora, entre las de índole centrípeta y las de índole centrífuga. Así, v. gr.: el niño tiene necesidad de apoyo y afecto —tendencia comunicativa hacia el otro—, al mismo tiempo que se esfuerza en ser alguien —tendencia a la afirmación y propio desarrollo interior—. Pero sólo adquiere confianza en sí mismo y se ve alguien, cuando ya cuenta con el apoyo y afecto de las personas que le rodean; lo cual manifiesta una vez más la importancia de la madre presente en el desarrollo individual del hijo. Y a la inversa, hace falta verse alguien y tener autoconfianza para lograr abrirse fácilmente a los otros. Algo parecido a lo que ocurre a un extenuado, que menos fuerzas siente en sí cuanto más las necesita para pedir ayuda a aquellos que le rodean.

Es opinión precisamente de Adler, que un individuo puede estar incapacitado para el amor por falta de propia personalidad y confianza en sí mismo. Es un hecho comprobado que algunas reacciones de odio y agresividad vienen de malformaciones psíquicas, es decir, de efectos secundarios que proceden de alguna frustración en la necesidad de cariño.

Consiguientemente, el desarrollo de la personalidad se va logrando mediante contactos humanos a nivel afectivo y activo: sintiéndose cada uno amado y estimado de los otros por la entrega que hacemos de nosotros mismos a los demás con olvido propio. Más aún, el desarrollo de la personalidad es tanto mayor y mejor cuanto menos concenre cada uno su atención y preocupación dentro de sí, para atender y preocuparse de los demás. La sentencia de Séneca: «Alteri vivas oportet, si vis tibi vivere», se ha de interpretar en este sentido. La perfecta entrega altruista viene, pues, a coincidir con el camino perfecto de desarrollo psicológico.

Salgamos aquí al paso de una posible objeción. Se suele decir que el impulso a la conservación es egoísta, pues consiste en relacionar con uno mismo todo lo que entra en contacto con el sujeto y hacerlo servir en provecho propio. Lo altruista, por el contrario, sería todo aquello por lo que el hombre se liberaría de sí mismo. En este contexto, la tendencia conservadora sólo sería una fuerza menos rica y noble que la tendencia general hacia el despliegue y propia realización.

En nuestra opinión, no cabe distinguir tan radicalmente, ni en un orden de importancia, ni en un orden cronológico, las tendencias llamadas vulgarmente egocéntricas y alterocéntricas o altruistas. Preferimos hablar de fuer-

zas centrípetas y centrífugas. En este sentido, la tendencia conservadora, que es centrípeta, sería más bien parte integrante del despliegue o realización de la personalidad y coexistente con otras tendencias más trascendentes y de comunicación interpersonal, que serían, ciertamente, fuerzas centrífugas. En conclusión, el hombre continuamente se conserva y despliega, como ser vivo que es, que necesita igualmente de ambas formas de conducta.

Todo lo cual no desmiente lo dicho en párrafos anteriores, de que el desarrollo de una persona se da mejor cuanto mayor sea la atención sobre el objeto o persona exterior, y menor la atención sobre la propia intimidad del yo. Y consideramos parte del desarrollo, lo mismo la conservación que el despliegue del yo. Es, v. gr.: el caso del individuo tímido que, ante dificultades en la vida social, concentra la atención sobre sí mismo y sólo logra frenar e impedir el despliegue de su personalidad, e incluso lo que parecía más fácil y previo: la conservación de lo que es y tiene.

También aquí, en el caso del tímido social, puede darse un cruzamiento de actitudes y situaciones. Es decir, un individuo tímido, que sin poder librarse de su yo, exteriormente cerrado para los que le rodean físicamente, puede, sin embargo, en su interior adoptar una actitud altruista y de entrega, que actuaría en momentos extraordinarios y en situaciones menos visibles, como una persona abierta y comunicativa. Y lo mismo digamos en el caso contrario, quizá menos frecuente, de una persona tímida en su actitud interior, que aparece abierta y comunicativa en su trato público con los demás.

Indiscutiblemente, toda persona va enriqueciéndose y perfeccionándose psicológicamente a lo largo de estos despliegues altruistas de su personalidad. Estar activamente abierto al otro, serle constantemente acogedor, es ir desplegando las mejores potencialidades ocultas del ser humano, llamado a esta ascensión creciente hacia lo absoluto y trascendente.

En los casos anómalos, el sujeto camina hacia metas opuestas. La abertura se percibe como una amenaza, el contacto con el otro como una limitación y empobrecimiento del propio yo. De ahí las actitudes patológicas de pseudo-defensa de lo que es propio y el experimentar la necesidad del contraataque. En realidad, la actitud de defensa procede de un yo psicológicamente débil que teme por su propia existencia y proyecta en los demás el objeto de su angustia, actuando unas veces en el papel de verdugo —si es activo—, y otras en el papel de víctima —si es pasivo.

Consideremos algunos casos concretos, para ver esta doble variante activa y pasiva con que se presenta en la práctica la tendencia o necesidad de otro. En efecto, observamos al jefe que manda, dirige y domina, imponiéndose con actitud agresiva a los demás, llevado de su temperamento combativo de polaridad «marte», y al otro jefe que entiende su misión y la desempeña de modo diplomático, buscando la colaboración y entrega de los demás a su punto de vista y a sus directrices, debido a que su temperamento es más delicado, menos directo y caracterológicamente de polaridad «venus». Y en ambos casos, prescindiendo ahora del cargo que desem-

peñan, podemos encontrar manifestaciones de la tendencia humana hacia la comunicación con los demás. La misma aplicación cabría hacer a la personalidad, más o menos activa, del educador, que en el desempeño de su misión está constantemente realizando y desplegando la tendencia o necesidad hacia los demás.

La realidad nos enseña que incluso ambas formas de actuación o ambos estilos de conducta, aun siendo totalmente polares, pueden darse en una misma persona ante sujetos iguales o distintos de ellos mismos y en situaciones diversas.

5.3. *Necesidades humanas a nivel espiritual superior*

El hombre, de modo semejante a como se abre al mundo biológico-bioquímico y al mundo psicológico de sus semejantes, se abre también al mundo del espíritu, que encuentra dentro de sí y que conoce en el descubrimiento y contemplación de la verdad. El hombre jamás es absorbido, ni agotado por el dato que le afecta. El hombre se abre y se proyecta al plantearse problemas que le ponen en relación con su existencia temporal y futura.

En este tercer estadio del desarrollo de la personalidad, es de capital importancia la necesidad-tendencia que siente el sujeto de iluminar y clarificar su ruta, acerca de lo que es él mismo, de lo que son los demás seres, de lo que debe ser él y los otros. Alguien ha llamado a esta necesidad de la que hablamos ahora, tendencia a conservar y perpetuar el propio ser, tendencia a integrarse permanentemente en el universo general.

Las manifestaciones más clásicas de este tipo de tendencias son obviamente las religiosas. El mantenerse siempre vivo traspasando las fronteras del tiempo, la consistencia y seguridad personal arraigada y protegida en el orden de lo absoluto, etc., son traducciones o descripciones fenomenológicas de la expresión tradicional que la ascética apellida «salvar el alma».

La sociedad actual ha preferido, frecuentemente, otras formulaciones, más o menos filosóficas, para traducir esta tendencia religiosa de la naturaleza humana. De ahí el buscar valoraciones de tipo perenne, de nobleza ultrapersonal y ultraindividual, que permitan asirse al ser absoluto. De ahí también el construir teorías evolutivas de la materia viva en continua transformación, o de una humanidad constantemente renovada por el genio creador del hombre.

En cualquier caso, y a pesar de las estructuras y construcciones filosóficas que se escogiten, en el fondo se trata de la misma realidad: de la tendencia humana hacia el ser y la vida trascendente y perenne.

Todo lo cual no quita que, precisamente por su índole elevada y por darse esta tendencia religiosa en el nivel psíquico superior, no incluya necesariamente muchos elementos cognoscitivos y de orden filosófico, que le acompañan. Por esta razón la tendencia religiosa se expresa y manifiesta en formas tan variadas y cercanas a veces al plano metafísico. Pensamos

ahora en la necesidad humana de persistir, tras la muerte, en nuestra descendencia o en nuestra obra; en la necesidad del maestro de que pervivan sus ideas y sus enseñanzas a través de sus discípulos; en la tendencia a poseer la tierra por medio de la ciencia y la técnica; en el impulso humano a ser fiel a sí mismo en una regla ética que haya sido válida en el pasado, lo sea en el presente y lo pueda ser el futuro, etc., etc.

Indudablemente, las tendencias humanas de índole espiritual, y más concretamente las de orden religioso, son las más discutidas y menos apoyadas por el medio ambiente. En efecto, el hombre de hoy se siente desarraigado y como desligado de su pasado y aun de su porvenir, y aun muchas veces de su propia tierra y de su propia familia. Mide el presente con la regla y medida de lo eterno. Vive intentando olvidar su destino y el sentido de su vida.

Todo lo cual, no deja de hacerse sin pagar un alto tributo, ya que importa una constante coacción a lo más profundo de las aspiraciones y necesidades humanas. Una traducción de lo anterior es la angustia metafísica que se revela en las obras literarias, filosóficas y sociales, y en los casos individuales de anormalidad psíquica en personalidades, muchas veces prominentes. La perspectiva negativista del mundo, contemplada a escala mundial, no puede menos de afectar y perjudicar al psiquismo humano cuando tiene ya una constitución frágil.

El hombre sin fe, dice Eric Fromm, sin amor y sin verdad, es y será siempre presa de la confusión y de la angustia; y el desorden psíquico no es más que el resultado de la incapacidad de tomar y desarrollar responsabilidades morales y espirituales. Liebman, en su libro «Peace of Mind», escribe que lo que puede restablecer el equilibrio humano perturbado es el saberse y sentirse como una piedra preciosa que Dios emplea en el mosaico de su universo.

Conviene aquí, antes de terminar este capítulo, hacer frente a una objeción, a la del suicidio y deseos de autodestrucción. En un documento de Karl Rogers vemos que una paciente con ideas de suicidio se expresaba así: «Simplemente, lo que deseo es no vivir». Y la razón que daba era que existía un profundo abismo entre su ideal y la realidad de su vida. Para nosotros la explicación de este caso, un ejemplo entre muchos, es que la persona enferma elige como realidad auténtica lo que no puede ser más que un deseo ideal y a veces totalmente irreal. Su angustia brota de la imposibilidad de vivir su ideal, y es precisamente esta imposibilidad de satisfacer una necesidad que ha querido alimentar tan profundamente y situar en el primer plano de su atención, lo que le crea una tensión insoportable.

El suicida es el hombre que después de persistir inútilmente en un camino irrealizable para él, cansado de este combate, va poco a poco distanciándose del contacto integrador con el mundo y los suyos, al mismo tiempo que la vida propia y de los demás pierde progresivamente significado e importancia. Creemos que la persona no se suicida para destruirse, sino porque no puede psíquicamente soportar el «no ser nada», «no signi-

ficar nada». Es la desesperación final del que lo quiere ser todo y significar mucho para sí, a veces a nivel social, y a veces a nivel individual, pero siempre pretendiendo elevar a la categoría de lo absoluto lo que sólo puede ser relativo.

A veces esta antitendencia hacia el ser, expresada en un deseo negativo contra la propia existencia, se manifiesta en formas de autodestrucción parcial, v. gr.: escoger lo nocivo, lo que puede causar heridas o provocar enfermedades. También el deseo de un estado de nirvana en el hombre oriental, puede interpretarse como deseo de terminar las formas imperfectas o incompletas de existencia que se poseen, a trueque de adquirir estados más estables y perfectos de felicidad, participando de nuevas formas de existencia alcanzadas por este medio.

Los documentos clínicos reflejan también parecida temática, más o menos grave según los casos. El temor al desprecio, al fracaso, a la desgracia, a no conseguir sus aspiraciones, crea a veces, en ciertos sujetos, una tensión psíquica fuerte y una dramática incertidumbre que acaba por enajenar. Por esto se quiere salir de la duda, sea como sea, para terminar un estado insoportable. En algunos casos el objeto temido se presenta con una atracción irresistible, obsesiva; se tiene siempre delante el espectro de lo que se teme. Y se acaba escogiendo lo peor porque así ya no hay posibilidad de nuevo temor ni recelo en el futuro. En expresión de algunos, se quiere «arrojarse dentro y terminar».

En todos estos casos, la persona enferma, en realidad desea desesperadamente todo lo contrario, pero teme no poder alcanzarlo, ni lograr realizar sus deseos. Se trata, pues, en último término de una desesperada manifestación, bajo apariencias deformadas de la necesidad y tendencia a la propia conservación, al despliegue de todas las posibilidades innatas, para llegar a tener un sentido de la vida en la realización de sí mismo, que sea plenamente satisfactorio.

6. Conclusión

En primer lugar, constatamos que el hombre es un centro individual de vida que mantiene su individualidad biológica frente al medio ambiente. Es individuo psíquico y social, abierto al mundo y viviendo en él. Posee una existencia espiritual consciente de sí misma, frente al conjunto de lo real. Es una unidad interna: existe en sí mismo y tiene conciencia de sí mismo, al menos implícita, en una posesión de su individualidad. En una palabra, es una persona.

En segundo lugar, no se basta a sí mismo en ningún nivel psíquico. En el plano biológico necesita ponerse en contacto con el medio para conseguir su alimento. En el plano psicosocial sabemos que conoce, a partir de las situaciones mundanas y sociales; y que su vida afectiva está tejida de relaciones. No se constituye como individuo psíquico más que dentro de situaciones significativas de lo que le rodea y gracias a su contacto. En el

plano existencial, percibe que no existe por sí mismo y que está integrado en el orden de lo real. Está, por consiguiente, en todos sus niveles, ligado a «lo otro».

En una palabra: el hombre es y se siente implícita, pero fundamentalmente, un ser a la vez subsistente en él mismo —tendencia a la conservación y al desarrollo—, y esencialmente referido a lo otro y a los otros —tendencia al contacto y comunicación interpersonal—. Esta doble necesidad y tendencia de despliegue y contacto, es la expresión dinámica de lo que el hombre es. Y ambas tendencias van íntimamente fundidas. Es «en» el contacto con lo otro, y «por» el mismo contacto, cómo el hombre se conserva y despliega, ya que ambas tendencias son manifestación de dos aspectos complementarios de su ser único: un ser uno mismo, a partir y en dependencia intrínseca de lo otro.

Pongamos ya punto final a esta reflexión y ensayo de síntesis.

Reconocemos llanamente que un intento de síntesis en materia teórica y problemática tan vasta y honda como la naturaleza humana, considerada dinámicamente a lo largo de sus necesidades biológicas, psicológicas y espirituales-metafísicas, tiene que ser siempre provisional y estar sujeto a continua revisión, y aun rectificación. En nuestra intención, hemos querido ser lo más imparciales y objetivos posible a la hora de fijar posiciones y sacar conclusiones de los hechos y estudios que nos han servido de base. Pero siempre entran módulos subjetivos que no provienen del dato inicial, sino de la reflexión sobre las implicaciones de estos hechos.

RESUMEN

Presentamos un esquema de síntesis explicativa de la dinámica de la personalidad humana, a partir de una integración de los niveles biológicos, psicológicos y metafísico-espirituales.

El hombre como persona es individuo psíquico y social, abierto al mundo y viviendo en él, con conciencia de sí mismo y de las relaciones con el mundo.

Es un ser que no se basta a sí mismo en ningún nivel de vida. Subsistiendo en sí, está, sin embargo, referido y ligado fundamentalmente a lo otro y a los otros.

Le caracteriza una doble necesidad y tendencia: de despliegue y contacto. Y es precisamente «en» esta comunicación y «por» esta comunicación, cómo el ser humano se autorrealiza.

RESUME

Nous présentons un schém de synthése explicative de la dynamique de la personnalité humaine, à partir d'une intégration des niveaux biologiques, psychologiques et metaphysique-spirituels.

L'homme, comme personne, est un individu psychique et social, ouvert au monde et vivant en lui, avec une conscience de soi-même et des relations avec ce monde.

L'homme est un être qui ne se suffit à aucun niveau de vie. Subsistant en lui-même, il est cependant attaché et lié fondamentalement au reste des choses et des êtres.

Il est caractérisé par un double besoin et une double tendance au développement et au contact. Et c'est justement «dans» cette communication et «par» cette communication que l'être humain s'autoréalise.

SUMMARY

We present a scheme of synthesis to explain the dynamis of human personality, starting from an integration of the biological, psychological and metaphysical-spiritual levels.

Man, as a person, is a psichical and social individual open towards the world in which he lives, conscious of himself and of his relationship with the world.

As a being, he is unable of self sufficiency in any level of life. Subsisting by himself, he is, nevertheless, basically submitted and attached to other people and things at the same time.

A double need and tendency, both of development and communication, is his characteristic. And it is precisely «in» this communication and «through» this communication, that the human being can reach his personal fulfilment.

BIBLIOGRAFIA

1. ADLER, A.: «Práctica y teoría de la psicología del individuo», Edit. Paidós, Buenos Aires, 1953.
2. ALLERS, R.: «Existencialismo y Psiquiatría», Edic. Troquel, Buenos Aires, 1960.
3. ALLPORT, G. W.: «Psicología de la Personalidad», Edit. Paidós, Buenos Aires, 1961.
— «Personalidad: su estructura y dinámica», Edit. Herder, Barcelona, 1966.
4. ARASTEH, A. R.: «Final integration in the adult personality», Leiden, E. J., Brill, 1965.
5. ARNOLD, M. B.: «Emotion and personality», vols. I y II, Cassell and Co., Londres, 1961.
6. BERGSON, H.: «Obras escogidas», Ed. Aguilar, México.
7. BUBER, M.: «Yo y tú», Edic. Nueva Visión, Buenos Aires.
8. BÜHLER, CH.: «El curso de la vida humana como problema psicológico», Paidós, Buenos Aires, 1943.
— «Infancia y Juventud», Edit. Paidós, Buenos Aires, 1943.
— «Values in Psychotherapy», The Free Press of Glencoe, 1962.
9. CARUSO, I.: «Psychoanalyse und Synthese der Existenz», Herder Viena, 1952.
10. CURRAN, CH. A.: «Counseling», Catholic Life and Education, New York, 1956.
11. DALBIEZ, R.: «El método psicoanalítico y la doctrina freudiana», Edit. Jus, México.
12. EYSENK, H. J.: «Dimensions of personality», Routledge & Kegan Paul Ltd., Londres, 1947.

13. FRAISSE, P. y MEILL, R.: «Psicología de las actitudes», Ed. Protco, B. A., 1967
14. FREUD, A.: «El Yo y los mecanismos de defensa», Edit. Paidós, Buenos Aires.
15. FREUD, S.: «Obras completas», vols. I y II (trad. de L. López-Ballesteros y de Torres), Biblioteca Nueva, Madrid, 1948.
16. FURT, J.: «Teoría y Práctica de la Neurosis» (del original inglés: «The neurotic: his inner and outer world»), Edic. Troquel, Buenos Aires, 1966.
17. GESELL, A. y AMATRUDA, C. S.: «Diagnóstico del desarrollo» (trad.), Edit. Paidós, Buenos Aires, 1947.
18. GUILFORD, J. P.: «Personality», Mc. Graw-Hill, Nueva York, 1959.
19. HORNEY, K.: «Nuestros conflictos interiores: una teoría constructiva sobre la neurosis», Edit. Psique, Buenos Aires, 1963.
20. JUNG, C. G.: «La guérison psychologique», Edit. Georg., Ginebra, 1953.
21. LERSCH, PH.: «La estructura de la Personalidad» (trad. de la 4.ª edic. alemana), Edit. Scientia, 3.ª edic. española, Barcelona, 1966.
22. LÓPEZ IBOR, J. J.: «Los problemas de las enfermedades mentales», Ed. Labor, Barcelona, 1949.
23. MASLOW, A.: «Toward a Psychology of being», 2nd. edit. Van Nostrand Reinhold Company, New York, 1968.
24. MEAD, M.: «Sexo y temperamento», Edit. Paidós, Buenos Aires, 1961.
25. NACHT, S.: «El psicoanálisis hoy», vols. I y II, Edit. Luis Miracle, Barcelona.
26. NUTTEN, J.: «Psychoanalyse et conception spiritualiste de l'homme» (edición española de Biblioteca Nueva, Madrid), Lovaina, 1966.
27. PAGES, M.: «L'Orientation non-directive en psychothérapie et dans les Sciences humaines», Dunod, París, 1965.
28. ROGERS, C.: «Client-centered therapy», Boston, Houghton Mifflin, 1951.
— «On Becoming a Person», Ibid, 6.ª ed., 1961.
— «Person to person», Real People Press, 1967.
29. ROGERS Y KINGET: «Le développement de la Personne», Ed. Dunod, París, 1966.
30. SCHEBLER, M.: «Esencia y formas de la simpatía», Losada, Buenos Aires.
31. SCHNEIDER, K.: «Patopsicología clínica», Ed. Morata, Madrid, 1951.
32. SELYE, H.: «The stress of life», Mc. Graw-Hill, New York, 1956 (trad. española, C.ª General Fabril Editora, Buenos Aires, 1960).
33. SIGUAN, M.: «Las pruebas proyectivas y el conocimiento de la personalidad individual», C.S.I.C., Madrid, 1952.
34. STACK SULLIVAN, H.: «The interpersonal Theory of Psychiatry», W. W. Norton, Company, INC, New York, 1953.
35. WERNER, H.: «Psicología comparada del desarrollo mental», Edit. Paidós, 1965.
36. WHITE, R. W.: «Lives in progress: a study of the natural growth of personality», Dryden, New York, 1952.

